

## VIII

Luisito está alegre. Por las mañanas el sol de Junio entra loco de luz en su alcoba y le despierta. Todas las noches sueña con el colegio; la sombra del padre Rosell se le aparece como una pesadilla... Una noche, el padre es uno de aquellos misioneros pálidos y extasiados que sufren martirio en los cuadros alucinantes de la capilla, y él, Luisito, es un indio fornido, de ojos de fuego y cabellera negra, lacia y desbordada, que con el acero deslumbrante al sol decapita al padre Rosell. La misma noche, tal vez, Luisito es uno de aquellos padres macilentos, inflamados de fe, que mueren contemplando el cielo zarco de la India, entre las palmeras estremecidas, almas del paisaje oriental.

Los amigos también se le aparecen, y por el país de los sueños van con él realizando prodigios y aventuras. Raúl, muy pálido, les sigue á alguna distancia... Todas las niñas, las amigas del paseo, quieren ser novias de Luisito; las ni-

ñas van vestidas de blanco, con las rubias melenas y las cabelleras luctuosas naufragando en los vestidos blancos; llevan en sus manos guirnaldas de flores raras, de rosas de un rojo de rubí y de sangre, de rosas de una pureza de nieve de altas cumbres, de jazmines que semejan copos, de crisantemos que parecen de oro... Las niñas son una teoría de hadas infantiles; una luz, que es el iris, las envuelve en una niebla suavísima... Luisito las ve llegar hasta él; recibe de todas la ofrenda de rosas raras y de crisantemos de oro... Las niñas, en un cántico mágico, con voces sutiles que rasgan el ambiente como flechas de plata, le ofrecen su amor... El coro de vírgenes, de niñas angélicas, no conmueve á Luisito... Recoge las rosas, gusta la intensa fragancia de los jazmines que semejan copos, pero no acepta el amor de las hadas infantiles...

La mamá de Raúl, del pálido Raúl, ha pasado por el jardín... Para ella es el amor de Luisito. Así lo dice él á las niñas, y éstas rompen en una gran risa y comienzan á saltar y á mofarse de Luis... Él las desdeña y va en busca de sus amigos, quienes no le hacen caso, yéndose en persecución de las niñas... Luis llora por esta ingratitude y proyecta vengarse de los falsos amigos... Dispara con su honda el primer guijarro: el guijarro traza una curva perfecta y va á hundirse

en un estanque de aguas tranquilas, en las que dibuja un círculo, que va engrandeciéndose en otros círculos concéntricos, y como éstos se debilitan y se funden en la superficie de las aguas tranquilas, el sueño de Luis va siendo débil, incoherente, impreciso y se funde en la gran inconsciencia del Sueño...

Por las tardes, en el paseo, Luisito no es un niño, sino un pensador precoz que siente un desdén infinito por los barquilleros, por los soldados y las niñeras; que siente, mejor dicho, un infinito desdén por todo, hasta por el zagalón que vende los globos azules, rojos y bicolores, que rompiéndoles el hilo, suben y suben incansables para perderse en el cielo.

Las niñas juegan sin que él las interrumpa; y los amigos, cuando le proponen que sea el jefe de los justicias ó el capitán de los ladrones, cuando le piden que presida y organice sus juegos, no reciben de él más que un «no» rotundo é infalible.

Luisito prefiere andar solo, con las manos en los bolsillos del pantalón, un poco avergonzado de llevar todavía, siendo un hombre, las pantofoillas al descubierto. Por esta causa sus padres han tenido que reprenderle.

—No, Luisito; este verano aún tienes que usar estos trajes.

—Yo quiero ponerme de largo.

—Eso no será hasta que cumplas los diez años.

—¡Yo ya soy un hombre y no quiero ir como los niños!

El padre interviene entonces porque la voz de Luisito se hace irrespetuosa.

—¿Qué eres tú sino un niño? Obedece á tu madre. Cuando vuelvas al colegio llevarás pantalones como los míos.

—Yo no he de volver al colegio.

—¿Por qué?

—Porque tengo una novia.

El padre frunce el ceño.

—Eres un mocoso; no puedes tener novia. ¿Quién te enseña esas cosas? Estudia y no molestes á ninguna niña en el paseo diciéndole que es tu novia.

La madre agrega:

—Ya les diré yo á las niñas, á Sarita, á Lucía, á Margarita, que no te hagan caso, que eres un niño muy malo, que no quiere á su madre, y tú verás cómo las niñas...

Luisito, con una mirada entre torva y burlona, escucha su reprimenda é interrumpe á su madre para decirle:

—Mi novia no es una niña.

Los padres se miran asombrados y casi á un tiempo:

—¿Quién es tu novia?—le preguntan.

—¡La mamá de Raúl!

Los padres ríen largamente y la madre concluye por decir:

—¡Qué niño éste! La mamá de Raúl... Tú eres un niño, un niño muy tonto, que no sabe lo que dice. ¿Y querías ponerte pantalones como los de tu padre? No los tendrás nunca, ¿lo oyes? Nunca, nunca.

Luisito se retira llorando.

Luisito está lleno de impaciencia porque aún, y hace ocho días que volvió del colegio, no ha visto á la mamá de Lucía y de Raúl. Con frecuencia interroga á su madre:

—¿Qué tiene la mamá de Raúl?

—Nada.

—¿Está muy enferma?

—Ya te he dicho que no.

—Raúl y Lucía estarán muy tristes...

—¿Por qué? ¿Porque tienen mala á su mamá?

—Sí.

—No deben estar tristes. La mamá está buena, no tiene nada malo.

—Yo quiero ir á verla.

—Ya irás.

Y Luisito, aburrido, busca por la casa motivos de entretenimiento para las horas largas, monótonas, del mediodía, para esas horas en que las calles están llenas de sol y en el Parque brilla la arena bajo la luz de fuego y las mariposas se esconden entre los arbustos y los cínifes y las libélulas, á ras del agua verde de los estanques, trazan raudas curvas sonoras.

Mirando con repulsión los libros de estudio, coge del estante barnizado que reluce junto á la ventana de su alcoba un libro de cuentos. Las historias ingenuas, morales y grotescas de los hermanos Grimm desfilan por su imaginación como una cabalgata de reyes y pescadores, de princesas é hilanderas, de pajes y trovadores, de viejas dueñas de nariz corcovada y de hadas de blondas cabelleras nacidas del contacto de un copo de nieve y un rayo de sol.

Las historias trágicas, los cuentos que se desarrollan sobre un horizonte rojo, son los que más le cautivan.

Lee ávidamente, con la emoción brillándole en los ojos azules, las descripciones épicas. Admira el heroísmo de un príncipe que reta, con la sola fuerza de su espada y el solo prestigio de su nombre, á un ejército entero. Ama las historias de amor, las narraciones nebulosas, donde

el gran misterio del amor queda oculto y se ven sólo los prodigios y los estremecimientos que el amor produce.

Y sin poder justificarlo, por una íntima y sutil simpatía, Luisito aplaude á los galanes que hunden un puñal en el pecho de la amante infiel y al doncel que da muerte al moro horrible, al tirano cruel é insaciable que tenía cautiva á su amada.

Estas lecturas ponen nervioso, desasosegado, á Luisito. Lee de prisa, con ansia... Después pasa sus dedos por los ojos, como para despertarse, y se asoma á su ventana... Aún la tarde está poseída por el sol... En la misma calle, en un balcón cercano, un joven de negro bigote y una muchacha de pelo rubio conversan. «Son novios», piensa Luisito. Ella es linda, pero no tanto como una de aquellas hadas nacidas del contacto de un copo de nieve y un rayo de sol. Él es feo y antipático; con su traje de alpaca y su corbata de piqué, todo le parece menos el doncel que rescata á su amada de poder del moro... Luisito quisiera cruzar la calle y retar al joven del bigote negro á un singular combate, matarle y huir luego en un caballo blanco con la muchacha rubia... Él no puede hacer eso; él no puede querer en el mundo más que á una mujer.

¡Oh! ¿Cuándo estará buena la mamá de Lucía y Raúl?

Y espera—no puede hacer otra cosa— más días, pocos días más, que, lógicamente, le parecen eternidades.

En cuanto empieza á decaer el sol se decide á marchar al Parque, seguido, lo más lejos posible, de la niñera. Y en el Parque pasea solo, reflexivo, un poco desdeñoso de cuanto le rodea. En cuanto ve á Raúl y á Lucía se acerca á ellos para preguntarles:

—¡Eh, decidme! ¿Está buena vuestra mamá?

—Si no tiene nada...—dice Raúl.

—Yo creo que mamá está un poco más gruesa—afirma Lucía.

Luego Luisito se separa de ellos, y sigue solo, cabizbajo, por las avenidas del Parque, con un desdén infinito por todo, hasta por el zagalón que vende globos rojos, azules, verdes, bicolors que, rompiéndoles el hilo, suben, suben incansables, por el ambiente diáfano, hasta perderse en el azul...

## IX

Aún no estaría mediada la comida, cuando Luisito repitió:

—Yo quiero ir esta misma noche.

El padre, con voz alterada por el enfado, dijo:

—Si lo vuelves á pedir, no te llevarán tampoco mañana. ¿Es eso lo que te han enseñado en el colegio?

Y, al decir esto, el golpe de su puño alzó de la mesa un largo temblor cristalino. Luego, comentando los efectos que habían hecho en Luisito los cinco meses de escolar, se dividieron las opiniones.

Algunos opinaban que venía más delgado, otros más grueso, y varios descolorido. Él supo aprovechar esta conmiseración para narrar los excesivos trabajos y los castigos impuestos por los padres. Después, antes de marcharse á la cama, susurró al oído de su mamá, procurando ser solo escuchado por ella:

—Yo quiero ir esta noche á casa de Raúl.

Á la mañana siguiente, cuando le llevaron, Lucía le vió desde una ventana y entróse gritando su nombre. Él sentía una emoción profunda, y al ver tras los cristales turbios del mirador una silueta de mujer, faltóle poco para llorar.

Dejando de hollar la mayor parte de los escalones, detúvose ante la puerta y allí hubo de esperar á su criada, molesta por aquella injustificada rapidez. Al fin unos pasos se oyeron, y tras un chirriar de cerrojos, la puerta se abrió, dejando ver á sus amiguitos saltantes y alborozados.

—Luisito... Luisito...

—Lucía... Raúl... ¿Y la mamá?

—Está en el gabinete, vamos á verla.

Sentada en un ancho sillón, vistiendo una bata amplia, á propósito para disimular su estado, la señora les aguardaba en el gabinete. Cuando llegaron, atrajo hacia sí á Luisito, preguntándole después de besarle:

—¿Cómo te ha ido en tu vida de colegial?... Estás hecho casi un hombre.

Rojos de emoción Luisito, repuso tartamudeando:

—Muy bien; pero mejor hubiera estado aquí, al lado de ustedes.

La señora dejó oír el trémolo claro de su risa, excitando más el rubor del niño. Pasado un rato,

cuando, cediendo á las exhortaciones de Lucía y de Raúl, Luisito se disponía á jugar, ella, alzándose, dijo:

—Voy á buscaros unos dulces.

Al alzarse, la bata acusó el abultamiento maternal. Luisito, lleno de estupor, no sabía á qué atribuir aquello; pero no quiso jugar en toda la tarde. ¿Dónde están aquella esbeltez, aquella majestad que al andar hacíanle parecer deslizarse? ¡Oh, algo malo le había ocurrido á ella, algo deformador, destructor de armonía! ¿Cómo era posible en tan poco tiempo? ¿Qué le sucedía mientras él, en las salas blanqueadas del colegio ó entre las sábanas, antes de dormir, ó en el comedor, en tanto la voz de monórrima cadencia iba desgranando la epopeya cinérea de un mártir, que nadie escuchaba, pensaba en ella? Cuando la señora, para justificar su aversión hacia los juegos, aseguraba que los cinco meses de colegio le habían hecho formal, él sentía una cólera que, al entibiarse, se transformaba en tristeza: ganas de llorar y un hipo difícil que, subiéndole desde el pecho hasta la garganta, le dificultaba la respiración. Y ella no comprendía la pregunta solícita que había en sus ojitos azules nostálgicos de lágrimas; y ella no sabía el consuelo infinito que en el corazón infantil, angustiado sin saber ciertamente por qué, ponían sus manos santas y afi-

ladas al resbalar acariciadoras sobre su pelo. Ella, ante aquel niño cenceño y formal, sólo pensaba:

—Es prodigioso lo que consiguen esos buenos padres: será preciso ir pensando en mandar á Raúl...

Llegado á su casa, no quiso cenar. Mientras estaban todos en la mesa, se dirigió á la cocina. La cocinera, ocupada en servir los manjares, estuvo algún tiempo sin hacerle caso; pero sorprendida por su insistencia, hubo de interrogarle:

—¿Querías algo, Luisito?

—Si me dices una cosa, siempre que me lleves á paseo, como antes, te dejaré hablar con tu novio sin decírselo á mamá.

—¿Pero qué quieres que te diga?

—Me tienes que decir, si lo sabes, pero cuidado con contarle, quién le ha hecho eso á la mamá de Lucía.

—¿Eso?... ¿Has venido loco de la escuela?... ¿Qué es eso?...

—Ese golpe, ese bulto que la ha puesto fea.

La doméstica comprende y rompe en risa, una risa procax que consigue enfurecer á Luisito.

—No te rías...

Y la risa plebeya sigue llenando la cocina, saliendo al patio por las ventanas.

—Mira que te tiro el cuchillo.

—¿Y para qué quieres saberlo?

—No me lo digas ya.

—¡Tonto! Pregúntaselo al papá de Raúl... Él te lo dirá; él lo sabe...

Luisito no desea saber más y se aleja. Tarda mucho tiempo en dormirse, y en sueños se le aparece la señora, airosa y bella como antes. Y revive en sueños la tarde en que hiriera á Raúl, la tarde en que la vió llorar. Todos los hechos posteriores se borran, y en el sueño benigno van desfilando las escenas, para él llenas de suave y aromoso misterio, vividas en la primavera pasada, cuando había flores en los árboles del paseo, y al caer el sol, antes de regresar á su casa, subía á la de Raúl, donde la señora, lánguida y alta, ungía sus mejillas con la caricia de su diestra de alboazulada transparencia, que emanaba un perfume de lirio.

Muy de mañana, en esa hora en que el sueño es más dulce, en que el espíritu se mece en una dulce inconsciencia, fundidora de realidades y de imaginaciones, momento en que deseáramos poder prolongar el crepúsculo, Luisito despierta febril. Al despertar duda si todo aquello de la fealdad de la señora es una pesadilla semejante á las padecidas en el colegio, llenas de visiones sobrenaturales en torno de la fatídica figura del padre Rosell; pero lentamente, á medida que el

sol va poniendo luces de orò en las junturas de las ventanas, sus recuerdos vanse haciendo más lúcidos. Y rememora la silueta imprecisa adivinada en el mirador, y rememora la faz macilenta y exangüe, y rememora la deformidad horrible rompiendo la suprema armonía, y sobre todo esto, la voz grosera de la criada, burlona, insultante, irresistible:

—Pregúntaselo al papá de Raúl... Él te lo dirá; él lo sabe...

Luisito no se explica por qué los papás han de hacer mal á sus mujeres. ¡Oh, siempre fué antipático el papá de Raúl, tan serio, tan barbudo!

Cuando su madre entra con una salutación cariñosa y una taza de denso chocolate aromoso, él le pide:

—Mamá, déjame ir esta tarde á casa de Raúl. Seré bueno, siempre bueno, si me dejas ir.

Y al saber que le otorga el permiso, le llena el rostro de besos, de besos fuertes, dados con cara hosca.

Todo el día Luisito lo pasa serio, sin querer aceptar el paseo que para la tarde le propone su papá. Él no quiere ver fieras: ha prometido á Raúl ir á verle por la tarde, y los profesores le han dicho que es pecado faltar á las promesas; por eso prefiere ir á ver á su amigo, en vez de

pasear ante las jaulas donde, viva, se urbaniza la fauna fiera de los países de sol y de los remotos países nevados. Ya después de comer está impaciente, y apenas suenan las cuatro en el antiguo reloj de cuco, herencia de la abuela, coge su sombrero de hule y se presenta ante su madre para que le haga airosamente el lazo de la chalina tornasolada, que sobre la marinera oscura parece una mariposa gigante. Luego ase de la mano á la criada, y nervioso, sin dejarla detener en ningún sitio, la guía hasta la casa de Raúl.

Lucía y Raúl le esperaban. Su padre les ha prometido que de regreso de un asunto les llevará en coche por el Parque, y ellos, impacientes, aguardan su salida y su pronta vuelta. Cuando el padre, al despedirse, acerca su rostro barbudo á la cara pálida de la señora, Luisito tiembla de coraje. Y al salir el padre seguido por la señora y por sus hijos, él va hacia el balcón y espera, espera un minuto, dos largos minutos, hasta que allá abajo aparece. Entonces, sin titubear, empuja el gran tiesto de flores y mira ansioso hasta ver la maceta y el padre en el suelo, y en torno de ellos manchas rojas que no distingue si son rosas ó sangre.

Y de la calle, por la escalera, llegan gritos trágicos que se van acercando poco á poco.